

1ª PARTE  
THE DESCORAZONADOS vol. II  
WELCOME TO EL SONIDO JAGUAR CORE

*(...) Ninguno de nosotros tiene algo que sea especial. Pobrecita la raza humana con su problema existencial. Hacia el cosmos, hacia el infierno (...)*  
**Sergio Rotman, Cienfuegos**

CAPÍTULO I

QUETZALI VAMPIRELLA, CHICA PIN-UP PREHISPÁNICA

*Me despierto y me siento mal. Casi siempre me pasa. Aparte tuve la pesadilla del luchador zombie enmascarado que me murmura palabras al oído, la vieja sin ojos... sus cuencos vacíos... la pared de la recámara toda empapelada de leopardo... ...daed ompa...*

–Comamos allí, mirá, ¿ves?, adonde está aquella gorda en la esquina, aquel changarrito. Encima creo que tiene requesones, ¡mmmm...! –A Christos se le activaron las glándulas salivales y se le humedeció por completo la boca produciéndole un ligero dolor.

Aquella tarde en el D.F. el sol amenazaba detrás de una cortina gris de niebla y smog.

–Órale Christos, vamos pues, pero primero chekemos los precios, no vaya a ser que... Mira, andamos cerca de Coyoacán, es zona turística y fresca, por ende muy cara, y aunque sea comida de la calle... –propuso la muchacha dando a entender mediante gestos que andaban cortos de lana.

–Claro que sí Vampirella, por supuesto. Tranqui que pronto vamos a estar mejor –comentó Christos con tono reanimador mientras se acercaban al puesto callejero de comidas-. El Pana me habló de un laburito en un resto–bar de la Colonia Condesa para hueseear durante el finde. Quieren un proyecto de música retro, dub, medio electrónico, algo de tango... no sé, vamos a tener que sanatear un poco como sea. Bueno, no será la primera vez.

La joven escuchaba a su compañero mientras le preguntaba a la mujer del changarrito por los precios de los tacos y los requesones.

–Son diez pesos la orden –dijo amablemente la señora morena bañada en sudor, entre el calor que reinaba y las ollas humeantes de comida-. ¿Los van a querer con frijolitos? ¿Algún refresco?

–Un requesón para el güero, por favor señora, sin frijoles. Yo le voy a ordenar un guarache... y le pediré también dos refrescos de sabor finalmente, gracias. Christos acomodaba su espera apoyado en la pared descascarada de un edificio de oficinas y negocios enfrente al puesto de comidas callejero. A pesar del calor y de haber tenido que deambular sin rumbo durante toda la mañana y parte de la tarde, el rubio jamás parecía perder su estilo. Siempre con un jopo a lo *Elvis* primera época y sus borceguíes *Doc Martens*. Casi nunca se sacaba su chamarra de cuero, aunque aquel día tuvo que hacer una excepción resignándose a caminar con su campera al hombro. El cuello de la camisa levemente levantado atrás, a la altura de la nuca, detalle fugaz que por cierto cautivó a la bellísima morena mexicana, además de sus atributos de chico guapo: ojos celestes-verdosos como el océano.

La mamá de Christos Anastasiadis, nieta de griegos inmigrantes que llegaron ofreciendo aceitunas y turrón jalvá a Rosario, ciudad donde había nacido el muchacho, siempre escuchaba decir a su madre, la abuela del pibe, que su nieto se parecía mucho a Jhonny Tedesco, «aquel galán del *Club del Clan*... por el jopo y sus ojos verdes fulminantes.»

Quetzali Vampirella comentaba que su mirada tenía el color y la profundidad inconmensurables del Mar de Tulum, lugar que había visitado cuando era niña junto a su familia durante un verano inolvidable. Nunca más había regresado a aquel lugar mágico. Cuando conoció a Cristos volvió a ver ese mar en sus ojos; por ello y aunque parezca mentira, también por el detalle sutil del cuello de la camisa levemente levantado, la mexicana se enamoró locamente y a primera vista del apuesto rocker argentino.

El muchacho rubio había llegado a México en busca de nuevas experiencias, nuevos rumbos musicales. De Rosario a Buenos Aires, de Baires a Guadalajara con alguna escala, pero Jalisco era el destino final ambicionado. Hacía días que chateaba con Robert, su gran amigo, músico también, que ya llevaba bastante tiempo en Guadalajara trabajando en el oficio del hueso. «Qué es eso de huesear?», le preguntaba Christos al bajista en uno de los tantos e-mails que se enviaron. «Es laburar de músico en un bar haciendo covers, tocando de todo un poco, rock en español, mucho pop, rock gringo... Hay bastante laburo de eso acá. No será lo mejor pero pagan bien. Yo hueseó de jueves a domingo y me pagan cincuenta dólares por noche. Nada mal, sale como trompada. Algunos dicen que llegan a cobrar hasta ochenta dólares por noche!!! Con eso vivo y me queda tiempo durante el día para tocar en algún otro proyecto que me guste... Veníte chabón, vos sos un campeón, tenés toda la onda, acá la rompés!» Después de largas conversaciones chateando, dándose manija y varios e-mails de Robert insistiéndole a su amigo con la idea de ir a México, Christos tomó la decisión de viajar.

–Toma tu requesón y tu refresco, güerito –le dijo Vampirella al muchacho con voz sensual y sonrisa cómplice–. ¡Uff... qué calorón que hace en esta ciudad! ¿A qué hora quedaste de vernos en la casa del Pana?

–A la seis y media, Vampirella. –Así le gustaba a Christos llamar a la morena, así la había bautizado, aunque se llamara Quetzali.

–No nos queda más remedio que seguir haciendo tiempo entonces, güero. Podríamos ir al tianguis de La Lagunilla aprovechando que hoy es domingo. Allí tengo unos amigos con un puesto en la lateral de Reforma donde venden vinilos de los cuarenta's, sesenta's y cincuenta's que están bien chidos. De paso les pedimos un churruto. ¿Cómo ves? ¿Tú crees que el Pana nos hará lugar en su casa por unas noches? ¿Dónde es que queda? ¿En la Colonia Nueva Atzacolco?

–Tranqui Vampirella. Sí, exacto, renta un depa modesto en la colonia esa que vos decís y está todo tabulado. El Pana es broder, mi carnal, y no tendrá ningún inconveniente en que nos quedemos las noches que haga falta, ya le pregunté por e-mail. Mientras pegamos ese laburito de hueseros, vos llamás y te presentás en esa agencia de modelos que te recomendaron y nos ponemos a chambear. Está todo bien Vampirella. Vas a ver, nada puede fallar.

Una vez arribado a Guadalajara, Christos, ligero de equipaje, se instaló cerca del centro de la city. Traía consigo su guitarra eléctrica de caja, su campera de cuero, un par de borcegués que le regaló una ex novia concheta del barrio de La Horqueta, dos *Levi's 501* y unas camisas con números y letras pintadas al mejor estilo *The Clash*, eso era todo.

Su amigo Robert, el bajista, compartía la renta de un viejo caserón casi abandonado con otros chicos argentinos de la provincia de La Pampa y un venezolano.

Robert no había ido a buscarlo al aeropuerto porque el vuelo llegó de madrugada y le quedaba muy incómodo el horario. La noche anterior se había acostado tarde. Tocó hasta altas horas en un bar caretón que le pedía un repertorio que él detestaba. De todos modos le había escrito un correo electrónico a su amigo con claras indicaciones acerca de qué camión tomar una vez arribado. Al segundo día de haber llegado Christos a Guadalajara, Robert apareció en la casa con la noticia de una chamba en un desfile de modas alternativo en un lugar cool de la ciudad. Improvisaron un set de dub reggae con toques latinos, mucho delay, percusión y cuelgue. Se presentaron en la fiesta de moda con Robert en bajo, Christos en guitarra y un joven venezolano punk de los que rentaban la vieja casa, al que llamaban el Pana, en batería y percusión. La paga era modesta, pero paga al fin. Allí fue donde conoció el joven rocker rubio a Vampirella, su chica.

Quetzali Vampirella, o mejor dicho, Quetzali Malinxit Gómez Ramírez era llamativamente hermosa. Tenía todos los atributos de una indígena sensual que la hacían irresistible a los ojos de los hombres. Su belleza la convertía en mujer fatal salvaje. Alta, de rasgos prehispánicos sobresalientes, finos, levemente cruzados con europeo; ojos rasgados de jaguar, negros, brillantes, preocupa armonizando con su color de piel entre oscuro y rojizo; el pelo negro azulado, abundante, pesado y lacio, casi siempre lo llevaba suelto; la boca carnosa y un gesto entre duro y sensual invitaban a besar aquel monumento indígena de mujer espléndida. Cuerpo largo, de pantera, sofisticado y redondeado a la vez; asomando curvas marcadas sus pechos enormes, redondos, veneno mortal; sus piernas largas y torneadas terminaban siempre en unos gastados borceguíes, cuando no usaba guaraches yucatecos. Se identificaba mucho con aquel personaje legendario del México precolombino, La Malinche. Siempre replicaba Quetzali que aquella aborígen había sido una mujer guerrera, inteligente y hermosa, ultrajada por intereses corruptos, incomprendida y demonizada por la historia oficial, que se había encargado de tergiversar su verdadero paso por la vida.

Christos encontraba a la chica muy parecida a un singular personaje femenino de un film de terror clase B del que era fanático, *Blackula*: una película de vampiros morenos con mucho soul y funky. Desde que la conoció no dudó en bautizarla Vampirella, y a ella le encantó.

El verano que pasó en Yucatán y Quintana Roo junto a su familia, cuando tenía once años, dejó una huella profunda en la hermosa Quetzali. Vacaciones excepcionales con gran suerte por cierto, ya que al padre de la muchacha, un joven Ingeniero Metalúrgico de la empresa Metaxa Monterrey, le había sido asignado un destino en la Península de Yucatán, cerca de la ciudad de Valladolid, para una obra metalúrgica ambiciosa, un puente colgante.

El Ingeniero Gómez se llevó a toda la familia durante una temporada. Más allá de la opulencia de los hoteles y las playas exóticas que frecuentaban, la pequeña y hermosísima morena sintió que su alma era tocada profundamente cuando visitó las ruinas de Tulum.

De repente se encontró conmovida, sin habla. Mientras tanto, el guía al que habían contratado, explicaba con relato turístico, monótono y vacío, detalles y hechos históricos de la antigua civilización que allí había habitado.

Quetzali se hallaba en trance, estaba mucho más allá del relato del guía. Miraba el mar y las ruinas. Una profunda voz surgía desde los restos de esa civilización y se reencarnaba en sus propias entrañas. Un grito mudo, un llamado ancestral parecía poseerla pacífica y dolorosamente a la vez, despertando desde el alma. Toda la familia caminaba con lentitud atrás del guía que hablaba sin parar. Descendían hacia la planicie que desemboca en la playa, bajo el acantilado donde se halla la ruina mayor del templo.

–... Yo soy parte de las cuatro parejas que dieron nombre... hay maldad en una quinta entidad... reencarnará... Zamá... Zamá... de la Luz a la Oscuridad... del rojo al negro... piel de leopardo...

...*Daed ompa*...

–Hijita, ¿estás bien? ¿Qué dices? ¿Qué te pasa Quetzali...? Tienes calor...

¿Quieres agua m'hijita...? –le preguntaba preocupada su madre, joven y también hermosa.

–Estoy bien madre... estoy bien... yo soy... yo soy esto...

–¿Qué estás diciendo m'hijita? ¿Necesitas algo?

... Los dioses hicieron cuatro hombres de maíz... sustancia divina... de las cuatro parejas hubo una quinta entidad... *daed ompa*... la maldad reencarnará... leopardo sintético...

Robert, Christos y el Pana llegaron al teatro donde se realizaría el desfile de ropa de diseñadores de vanguardia, después de soportar un sofocón de tránsito debido a la hora pico en la ciudad.

El joven rocker rosarino, recién llegado a México, se encontraba fascinado por todo lo nuevo y distinto que veía. Era la primera vez que viajaba en avión y por cierto, su primera vez también en un país extranjero.

La ambientación del desfile iba desde lo artesanal y folclórico mexicano hasta lo fashion trash, así lo entendió Christos y le encantó. Muchas calaveras de distintos colores flúo colgaban de las estructuras metálicas de las luces de la sala. Máscaras aztecas, muchas máscaras de lucha libre, carteles retro con tipografías llamativas de los años cincuenta's y sesenta's, alebriges, grabados coloridos de punk-rock mexicano, ropa de vinilo onda sado-maso, y un montón de fetiches de rock y de ambientación lounge marginal. Pero lo que más le llamó la atención fue el leopardo sintético cubriendo las paredes y algunos asientos.

Al costado derecho de la pasarela central, en el extremo final del largo pasillo, un escenario listo para montar una banda de rock. Un tercer escenario en el extremo opuesto, contiguo a la pasarela y de menor envergadura que el primero, parecía albergar el sistema de sonido de un D.j.

–Eso parece un sound system –pensó Christos. Che, Robert, ¿eso es para un D.j.? –le preguntó a su amigo, que se hallaba batallando para subir su equipo al escenario número dos.

–Uff... sée... –contestó Robert con voz fatigosa de tanto forcejear con el ampli de bajo–. Bueno, en realidad es para el sonidero, el Sonidero Rudo Calavera, el más capo de aquí de Jalisco. Es chilango, pero se vino a Guadalajara. Está aquí desde hace mucho tiempo y es el mejor para las fiestas. Pasa muchísima música tropical, charanga y cumbia colombiana. Lo mejor de él es que la mezcla con ska, reggae, new wave, surf mexicano y gringo de los ochenta's y sesenta's. Lo más increíble es que realiza unos dubs en vivo tremendos. No sabés cómo usa los delays. Es un gran artista sin ser músico. ¡Uff... cómo pesa este equipo cabrón!

Quetzali quedó en trance durante varios días después de la visita de la

familia Gómez Ramírez a las ruinas de Tulum. Su madre estaba muy preocupada. La pequeña morena trataba de tranquilizarla diciéndole que todo estaba bien, que no se inquietara. Pero la hermosa niña de labios carnosos ya nunca más fue la misma persona.

Una mañana, Quetzali, que si bien era una niña muy independiente, jamás salía sola debido a su temprana edad, se escapó hacia un lugar cercano al condominio donde la familia se encontraba alojada. Era un lugar oscuro, un cenote sagrado llamado Del Ojo Negro. Cómo llegó hasta allí, ni ella sabría contestar a esa pregunta. La movilizaba una fuerza superior alojada en su cuerpo de niña que la dirigía hacia el cenote sagrado.

La noche anterior había tenido unas pesadillas confusas y macabras. Un ojo negro se vislumbraba al final de un profundo pozo de agua fantasmal que llegaba hasta el mismísimo infierno en donde se encontraba levitando. En tanto su cuerpo descendía iban acercándosele almas en llanto, lúgubres y torturadas que parecían pedirle algo. Trataban de tocarla, husmearla, sofocarla... Hasta que un zombie de físico corpulento, con máscara de lucha libre, le reveló una visión de sacrificios, oráculo de pestes y desolación, indicándole un camino que podía visualizar durante el descenso a un ritmo lento y desesperante para su cuerpo de niña. Se despertó temblando, completamente bañada en sudor frío. El resto de la familia Gómez Ramírez descansaba plácidamente en el apartamento del condominio que habían rentado. El misterio del sonido del mar cercano los arrullaba.

Al día siguiente, mientras el sol cobraba fuerte brillo en las costas yucatecas y la familia de a poco se iba despertando, la madre le pidió a Quetzali que fuera al drugstore que se encontraba frente al complejo vacacional, por unas medicinas para aliviar la fuerte migraña que sufría. La niña accedió al pedido. Se sentía profundamente abatida por el sueño perturbador de la noche pasada. Recordaba la pesadilla con todo detalle como nunca había podido recordar un sueño alguna vez. Todas las palabras que había escuchado de los personajes sin vida, aquellos zombies en el pozo de agua fantasmal, los gestos, las súplicas... le resultaban un verdadero enigma que debía develar.

Mientras se dirigía al drugstore del apart-hotel, de repente le vino a la memoria el zombie levitante con máscara de lucha libre que le revelaba un camino de arena y piedras. El luchador sin vida, cuya máscara permitía advertir los cuencos vacíos de sus ojos, parecía pedirle mediante curiosos gestos llenos de angustia, efectuados con sus brazos y sus manos, que tomara ese camino.

Pronunció unas palabras a través de su máscara que sonaron en velocidad lenta, así como también sus muecas y su forma de levitar parecían en reversa: ...OMPA DAED...

Con ese mismo tempo pausado, intermitente, de movimientos torpes pero suaves a la vez, levitante, le mostró un trozo de tela de leopardo sintético. Le volvió a presentar el camino exhortándola a tomarlo. Luego se esfumó.

La niña retornó de su trance confundida. Se había desviado del sendero del drugstore. Se encontraba en un camino de arena y piedras. No muy lejos de allí pudo distinguir un manglar algo oscuro cuya visión la llenó de temor. Una curva poco pronunciada desembocaba en una palapa grande en medio de la selva, rodeada de maleza. Quetzali, que aún continuaba aturdida por el trance shokeante, se dispuso a transitar con torpeza los pasos que la llevarían por el camino que, con todo detalle, había visualizado en su pesadilla. El camino que el zombie enmascarado le había obligado a tomar mediante enigmáticos gestos.

Cuando la hermosa niña llegó hasta la palapa destruida la invadió un olor

fuerte a descomposición, como si hubiera un animal muerto en la zona, produciéndole náuseas y mareos que terminaron en arcadas.

Un asiento de madera finamente labrado con guardas que parecían ser motivos indígenas, algo deteriorado por el paso del tiempo, se hallaba en el interior de la palapa, casi entre sombras. Quetzali pudo observar que alguien se encontraba sentado en aquel sillón de madera pero no podía verlo en su totalidad. El misterioso asiento y su usuario se encontraban de espaldas a ella, opuestos a la entrada de la palapa. La niña pudo percibir el humo de una pipa que subía desde el extremo del sillón. Algo de la situación que estaba presenciando le provocó no menos que pánico. La sensación de miedo era silenciosa y profunda, como un fuerte cosquilleo que comenzaba en sus rodillas para apoderarse lentamente de todo su cuerpo. No se detuvo. Se dirigió hacia la persona sentada en la silla que humeaba con lo que parecía ser una pipa. El olor del recinto era nauseabundo y más intenso a medida que se acercaba.

–Ho...hola... –pronunció casi lloriqueando– ¿Quién...? ¿Se puede...? El sueño... el sueño... –El susto y la adrenalina le brotaron a chorros.

Una anciana centenaria, muy ajada, con grietas profundas en la piel, ojos vacíos y un cigarro cubano al rojo, humeante, la miraba sin mirarla. Le mostró un trozo de lienzo de leopardo sintético y pronunció unas palabras que sonaban huecas. Era una voz de ultratumba, maldita, triste y tenebrosa.

Quetzali tuvo la intención de escapar pero estaba petrificada. Una fuerza extrasensorial la inmovilizaba.

La vieja abrió la boca desdentada y maltrecha. Sus cuencos vacíos como cavernas oscuras se posaban fijos en la niña. Su lengua bífida como la de una serpiente amenazante pronunció algunas palabras lúgubres mientras realizaba una danza grotesca. Sin levantarse del asiento iba deslizando sus brazos hacia arriba, como si apenas quisiera volar. Gesticulando extrañas señas con sus manos, dijo: ...*ET MALAM OT...* ...*DESOLACIÓN DAED OMPA...*

Cuando Quetzali pudo recobrar algo de fuerzas salió de allí despavorida.

Huyendo se perdió en la selva hasta encontrar el camino a la civilización de hoteles y condominios turísticos. Nunca le comentó a nadie el episodio aunque los sueños volvieron a ella de vez en cuando.

Muchos años después, durante la celebración de un temazcal en el Desierto de Real de Catorce, una joven chamana punk le dijo que ella poseía la carga del Bien pero la muerte y la desolación la perseguirían muy de cerca, torturándola. Algo maligno la seguiría toda la vida.

Recorrieron Tepito un par de horas que les resultaron eternas y luego el tianguis de La Lagunilla. Estuvieron viendo vinilos, ropa y fumándose un churrito con amigos.

Quetzali Vampirella y Christos tomaron el camión equivocado y batallaron para encontrar la Colonia Atzacolco, donde el Pana rentaba un depa. Christos no veía al venezolano desde la última vez en Guadalajara, cuando se despidieron unos meses atrás. Vampirella y el joven rocker rosarino de jopo a lo *Elvis* se fueron de mochilazo a Real de Catorce. El Pana se mudó a la Ciudad de México para tocar la batería con *Doverman*, una banda de hardcore–punk que lo había convocado después de conocerlo en un festi–punk durante la época del Cervantino, en Guanajuato.

Si bien era muy rebel, muy punk de actitud, decían que el Pana provenía de una familia de mucho dinero con asentamiento en Miami y dedicada al petróleo en Venezuela. No tenía contacto personal con ellos. Estaba peleado con casi

todos los miembros de su familia pero su cuenta de banco, si bien no era muy abultada, jamás estaba vacía. Una tarjeta de crédito oficiaba de salvavidas para moverse a sus anchas. «Así cualquiera es punk», a veces comentaba con tono resentido Christos. A pesar de eso el rocker argentino apreciaba mucho al baterista venezolano y valoraba que, aunque tuviera la cuestión económica resuelta, salía a pelearla como uno más tocando y trabajando por las calles de la ciudad. Cristos y el Pana habían pasado un buen tiempo tocando y conviviendo en la casa desvencijada de Guadalajara junto con Robert y los otros chicos de La Pampa. Los pampeanos volvieron a su país cuando se venció el contrato de alquiler del caserón semiabandonado y no les quisieron renovar por el bardo que causaban. «Son rockeros, desmadrados, borrachos y drogadictos», expresaba la dueña tapatía de la propiedad rentada. «Pero me consta que en el fondo son buenos chicos, no le hacen mal a nadie. ¡Jóvenes bohemios!»

–¡Panita querido! ¡Cuánto hace que no nos veíamos chabón! No sabés cómo nos costó encontrar el barrio, broder.

El departamento del Pana era amplio. Tenía una sala pequeña y cómoda con un ventanal cuya persiana americana se encontraba casi siempre cerrada, dándole oscuridad permanente al lugar. La recámara se comunicaba con la sala por una abertura sin puerta, de la que colgaban, a modo de cortina, unas tiras de colores fuertes y brillantes. El baño de paredes descascaradas y húmedas, ubicado a la izquierda de la recámara, como en suite, tenía una ventana que mostraba una pared de concreto perteneciente a lo que parecía ser un complejo familiar.

La ambientación era austera por demás. Un sofá marrón con motivos verdes y aspecto de haber sobrevivido a todas las mudanzas y a los distintos inquilinos, a causa de su tamaño y de su peso, se encontraba ubicado contra la pared, a la derecha de la puerta principal, que era de chapa. Una lámpara de pie en un ángulo del habitáculo. Unas fotos colgadas de *Rancid*, *Desorden Público*, *The Ventures*, *Madness* y varias fotos de surf con olas enormes, todas colocadas de manera desprolija en la pared izquierda de la sala. Una mesita que soportaba el peso de una *Mac G4* con *speakers* en sus laterales. Un radio-grabador conectado a una bandeja giradiscos y varios vinilos a un costado, acomodados en el piso. En la recámara dos colchones apolillados. Un pequeño velador de ésos que te podrías encontrar en los hoteles modestos del interior de la República Argentina. Unos cuantos esqueletos de botellas de cerveza que impedían abrir cómodamente las puertas del placards, más bien amplio, ubicados en la pared opuesta al baño en suite.

–Trajimos unas chelas y charalitos para botanear, Panita –sugirió Christos mientras acomodaba las mochilas en el piso y su campera de cuero a un costado.

La bella Quetzali a su lado, en silencio, cansada de caminar por la ciudad durante toda la mañana y parte de la tarde, colocaba las cervezas en una heladera de playa con bastante hielo en su interior.

–Deja toda esa vaina por ahí. Acomódense. Están por llegar Robert, PPK y su chava. –Mientras les hablaba a los recién llegados, el Pana puso un vinilo de *The Trashmen* y se dispuso a picar la mota para armar un churro–. Oye, Christos –preguntó el Pana con el papel de armar entre sus dedos y la hierba meticulosamente desmenuzada, separando las semillas y las ramitas–, ¿ya sabes que el Robert anda con ganas de volverse a tu país, a la Argentina?

Christos se sintió sorprendido por la noticia que le daba el Pana. Quetzali

se dio cuenta y lo miró a los ojos cómplice de su sorpresa no grata, como abrazándolo con la mirada.

–...Mnoo, no sabía nada. Desde que nos fuimos de viaje que no hablo ni me escribo con Robert. Me dejás helado.

Christos era un chico muy dependiente, sobre todo de sus amigos. Robert era su gran amigo, el que lo había incitado a ir a México y de alguna forma lo más parecido a su familia en aquel país.

Experimentó una rara sensación de desprotección que fugazmente se colocó en su rostro al pensar en Robert lejos. Quetzali se dio cuenta y lo miró con celos desafiantes. A menudo la pareja parecía comunicarse telepáticamente. Christos era demasiado expresivo y algo ingenuo a pesar de su look rocker teddy boy. Cualquier sensación de éxtasis, disconformidad, alivio o depresión se instalaba precipitadamente en su rostro, vitrina de sus emociones.

Quetzali había aprendido velozmente a descifrar el lenguaje corporal de su chico. La mayoría de las veces descubría con facilidad sus sensaciones. Ella era celosa y posesiva en extremo, hecho que los había llevado a tener discusiones fuertes que en algunas ocasiones culminaron en forma violenta.

Cierta vez, en Guadalajara, durante un recital de *Lost Acapulco*, Quetzali Vampirella estaba ebria y le incrustó una ampolleta de cerveza vacía en la cara a una chava que coqueteaba con Christos desde hacía un buen rato. Se la tenía jurada a aquella chica. Comentan que se la llevaron en estado de crisis nerviosa total.

Al parecer, cuando todo se había calmado, en la recámara, junto a Christos, amenazó con cortarle el pene si alguna vez la defraudaba o le mentía. Era curioso, porque por otro lado era una pareja libre. Se acostaban con otras personas pero siempre con el consentimiento de ambos. Varias veces habían participado de tríos amorios, sobre todo con otras chavas. «Nunca debemos defraudarnos el uno al otro», decía Quetzali.

–Bueno che... es mi amigo, ¿no? –dijo excusándose con su compañera que sin abrir la boca le clavaba la mirada de manera inquisidora–. En definitiva él me hizo venir a México. Nos conocemos desde muy chicos. ¡Somos hermanos! Pasáme una caladita, Pana. ¡Fumasoli te dicen a vos chabón ¡jeje...!

Alrededor de las siete y media de la tarde llegaron los amigos del Pana, PPK y su novia, Xolinxit. También Robert, que se abrazó emotivamente con su amigo Christos.

Había mucho humo de mota en la sala del depa de la Colonia Atzacolco. Un vinilo con mucho ruido de estática de *Curtys Mayfield* sonaba a medio volumen. PPK le aconsejó al Pana que cerrara las ventanas y pusiera una toalla mojada en el piso, pegada a la puerta de entrada, para absorber el olor fuerte a marihuana.

–¡Es que hace mucho calor tío!